



MONTERREY, N. L.

**LIBRO PRIMERO**  
La infancia de Zalacain



## CAPÍTULO I

CÓMO VIVIÓ Y SE EDUCÓ MARTÍN ZALACAÍN

**U**N camino en cuesta baja de la Ciudadela pasa por encima del cementerio y atraviesa el portal de Francia. Este camino, en la parte alta, tiene á los lados varias cruces de piedra que terminan en una ermita y por la parte baja después de entrar en la ciudad se convierte en calle. A la izquierda del camino, antes de la muralla, había hace años un caserío viejo, medio derruido, con el tejado terrero lleno de pedruscos y la piedra arenisca de sus paredes desgastada por la acción de la humedad y del aire. En el frente de la decrepita y pobre casa, un agujero indicaba donde estuvo en otro tiempo el

escudo, y debajo de él se adivinaban, más bien que se leían, varias letras que componían una frase latina: *Post funera virtus vivit*.

En este caserío nació y pasó los primeros años de su infancia, Martín Zalacaín de Urbia, el que más tarde había de ser llamado Zalacaín, el Aventurero; en este caserío soñó sus primeras aventuras y rompió los primeros pantalones.

Los Zalacaín vivían á pocos pasos de Urbia, pero ni Martín ni su familia eran ciudadanos; faltaba á su casa unos metros para formar parte de la villa.

El padre de Martín fué labrador, un hombre obscuro y poco comunicativo, muerto en una epidemia de viruelas; la madre de Martín tampoco era mujer de carácter; vivió en esa obscuridad psicológica normal entre la gente del campo, y pasó de soltera á casada y de casada á viuda, con absoluta inconsciencia. Al morir su marido quedó con dos hijos, Martín y una niña menor llamada Ignacia.

El caserío donde habitaban los Zalacaín, pertenecía á la familia de Ohando, familia la más antigua, aristocrática y rica de Urbia.

Vivía la madre de Martín casi de la misericordia de los Ohandos.

En tales condiciones de pobreza y de

miseria, parecía lógico que por herencia y por la acción del ambiente, Martín fuese como su padre y su madre, obscuro, tímido y apocado; pero el muchacho resultó, decidido, temerario y audaz.

En esta época, los chicos no iban tanto á la escuela como ahora y Martín pasó mucho tiempo sin sentarse en sus bancos. No sabía de ella más sino que era un sitio obscuro, con unos cartelones blancos en las paredes, lo cual no le animaba á entrar. Le alejaba también de aquel modesto centro de enseñanza el ver que los chicos de la calle no le consideraban como uno de los suyos á causa de vivir fuera del pueblo y de andar siempre hecho un andrajoso.

Por este motivo les tenía algún odio; así que cuando algunos chiquillos de los caseríos de extra-muros entraban en la calle y comenzaban á pedradas con los ciudadanos, Martín era de los más encarnizados en el combate; capitaneaba las hordas bárbaras, las dirigía y hasta las dominaba.

Tenía entre los demás chicos el ascendiente de su audacia y de su temeridad. No había rincón del pueblo que Martín no conociera. Para él, Urbia era la reunión de todas las bellezas, el compendio de todos los intereses y magnificencias.

Nadie se ocupaba de él, no compartía

con los demás chicos la escuela y huro-neaba por todas partes. Su abandono le obligaba á formarse sus ideas expon-táneamente y á templar la osadía con la prudencia.

Mientras los niños de su edad aprendían á leer, él daba la vuelta á la mura-lla sin que le asustasen las piedras derrumbadas ni las zarzas que cerraban el paso.

Sabía donde había palomas torcaces é intentaba coger sus nidos, robaba fruta y cogía moras y fresas silvestres.

A los ocho años Martín gozaba de una mala fama digna ya de un hombre. Un día al salir de la escuela, Carlos Ohando, el hijo de la familia rica que dejaba por limosna el caserío á la madre de Martín, señalándole con el dedo gritó:

—¡Ese! Ese es un ladrón.

—¡Yo!—exclamó Martín.

—Tú, sí. El otro día te ví que estabas robando peras en mi casa. Toda tu familia es de ladrones.

Martín, aunque respecto á él no podía negar la exactitud del cargo, creyó no debía permitir este ultraje dirigido á los Zalacaín y abalanzándose sobre el joven Ohando le dió una bofetada morrocotuda. Ohando contestó con un puñetazo, se agarraron los dos y cayeron al suelo, se dieron de trompicones, pero Martín más fuerte tumbaba siempre al contra-

rio. Un alpargatero tuvo que intervenir en la contienda y á puntapiés y á empujones separó á los dos adversarios. Martín se separó triunfante y el joven Ohando, magullado y maltrecho se fué á su casa.

La madre de Martín, al saber el suceso, quiso obligar á su hijo á presentarse en casa de Ohando y á pedir perdón á Carlos, pero Martín afirmó que antes lo matarían. Ella tuvo que encargarse de dar toda clase de excusas y explicaciones á la poderosa familia.

Desde entonces, la madre miraba á su hijo como á un reprobó.

—¡De dónde ha salido este chico así! —decía y experimentaba al pensar en él un sentimiento confuso de amor y de pena, solo comparable con el asombro y la desesperación de la gallina cuando empolla huevos de pato y ve que sus hijos se zambullen en el agua sin miedo y van nadando valientemente.



## CAPÍTULO II

DONDE SE HABLA DEL VIEJO CÍNICO  
MIGUEL DE TELLAGORRI

**A**LGUNAS veces, cuando su madre enviaba por vino ó por sidra á la taberna de Arcale á su hijo Martín, le solía decir:

—Y si le encuentras, al viejo Tellagorri, no le hables y si te dice algo respóndele á todo que no.

Tellagorri, tío-abuelo de Martín, hermano de la madre de su padre, era un hombre flaco, de nariz enorme y ganchuda, pelo gris, ojos grises y la pipa de barro siempre en la boca. Punto fuerte en la taberna de Arcale, tenía allí su centro de operaciones, allí peroraba, discutía y mantenía vivo el odio latente

que hay entre los campesinos por el propietario.

Vivía el viejo Tellagorri de una porción de pequeños recursos que él se agenciaba, y tenía mala fama entre las personas pudientes del pueblo. Era en el fondo un hombre de rapiña, alegre y jovial, buen bebedor, buen amigo y en el interior de su alma bastante violento para pegarle un tiro á uno ó para incendiar el pueblo entero.

La madre de Martín presintió que dado el carácter de su hijo terminaría haciéndose amigo de Tellagorri, á quien ella consideraba como un hombre siniestro. Efectivamente, así fué; el mismo día en que el viejo supo la paliza que su sobrino había adjudicado al joven Ohando, le tomó bajo su protección y comenzó á iniciarle en su vida.

El mismo señalado día en que Martín disfrutó de la amistad de Tellagorri, obtuvo también la benevolencia de Marqués. Marqués era el perro de Tellagorri, un perro chiquito, feo, contagiado hasta tal punto con las ideas, preocupaciones y mañas de su amo, que era como él; ladrón, astuto, vagabundo, viejo, cínico, insociable é independiente. Además participaba del odio de Tellagorri por los ricos, cosa rara en un perro. Si Marqués entraba alguna vez en la iglesia era para ver si los chicos

habían dejado en el suelo de los bancos donde se sentaban algún mendrugo de pan, no por otra cosa. No tenía veleidades místicas. A pesar de su título aristocrático, Marqués no simpatizaba ni con el clero ni con la nobleza. Tellagorri le llamaba siempre Marquesch, alteración que en vasco parece más cariñosa.

Tellagorri poseía un huertecillo que no valía nada, según los inteligentes, en el extremo opuesto de su casa, y para ir á él le era indispensable recorrer todo el balcón de la muralla. Muchas veces le propusieron comprarle el huerto, pero él decía que le venía de familia y que los higos de sus higueras eran tan excelentes que por nada en el mundo vendería aquel pedazo de tierra.

Todo el mundo creía que conservaba el huertecillo para tener derecho de pasar por la muralla y robar, y esta opinión no se hallaba ni mucho menos alejada de la realidad.

Tellagorri era de la familia de los Galchagorris, la familia de los pantalones colorados y este consonante, entre el mote de su familia y su nombre, había servido al padre de la sacristana, viejo chusco que odiaba á Tellagorri, de motivo á una canción que hasta los chicos la sabían y que mortificaba profundamente á Tellagorri.

La canción decía así:

Tellagorri  
Galchagorri  
Ongui etorri  
Onerá.  
Ostutzale  
Erantzale  
Nescatzale  
Zu cerá.

(Tellagorri, Galchagorri, bien venido seas aquí. Aficionado á robar, aficionado á beber, aficionado á las muchachas, eres tú).

Tellagorri al oír la canción fruncía el entrecejo y se ponía serio.

Tellagorri era un individualista convencido, tenía el individualismo del vasco reforzado y calafateado por el individualismo de los Tellagorris.

—Cada cual que conserve lo que tenga y que robe lo que pueda—decía.—Esta era la más social de sus teorías, las más insociales se las callaba.

Tellagorri no necesitaba de nadie para vivir. El se hacía la ropa, él se afeitaba y se cortaba el pelo, se fabricaba las abarcas y no necesitaba de nadie, ni de mujer ni de hombre. Así al menos lo aseguraba él.

Tellagorri cuando le tomó por su cuenta á Martín, le enseñó toda su ciencia. Le explicó la manera de acogotar

una gallina sin que alborotase, le mostró la manera de coger los higos y las ciruelas de las huertas sin peligro de ser visto y le enseñó á conocer las setas buenas de las venenosas por el color de la hierba en donde se crían.

Esta cosecha de setas y la caza de caracoles constituía un ingreso para Tellagorri, pero el mayor era otro.

Había en la Ciudadela, en uno de los lienzos de la muralla, un rellano formado por tierra, al cual parecía tan imposible llegar subiendo como bajando. Sin embargo, Tellagorri dió con la vereda para escalar aquel rincón y, en este sitio recondito y soleado, puso una verdadera plantación de tabaco, cuyas hojas secas vendía al tabernero Arcale.

El camino que llevaba á la plantación de tabaco del viejo, partía de una heredad de los Ohandos y pasaba por un foso de la Ciudadela. Abriendo una puerta vieja y carcomida que había en este foso, por unos escalones cubiertos de musgo se llegaba al rincón de Tellagorri.

Este camino subía apoyándose en las gruesas raíces de los árboles, constituyendo una escalera de desiguales tramos, metida en un túnel de ramaje.

En verano las hojas lo cubrían por completo. En los días calurosos de agosto se podía dormir allí á la sombra,

arrullado por el piar de los pájaros y el rezongar de los moscones.

El foso era lugar también interesante para Martín; las paredes estaban cubiertas de musgos, rojos, amarillos y verdes; entre las piedras nacían la lechetrezna, el beleño y el yezgo, y los grandes lagartos tornasolados se tostaban al sol. En los huecos de la muralla tenían sus nidos las lechuzas y los mochuelos.

Tellagorri explicaba todo detenidamente á Martín.

Tellagorri era un sabio, nadie conocía la comarca como él, nadie dominaba la geografía del río Ibaya, la fauna y la flora de sus orillas y de sus aguas como este viejo cínico.

Guardaba, en los agujeros del puente romano, su aparejo y su red para cuando la veda; sabía pescar al martillo, procedimiento que se reduce á golpear algunas losas del fondo del río y luego á levantarlas, con lo que quedan las truchas que han estado debajo inmóviles y aletargadas.

Sabía cazar los peces á tiros; ponía lazos á las nutrias en la cueva de Amaviturrieta que se hunde en el suelo y está á medias llena de agua, echaba las redes en Ocín beltz, el agujero negro en donde el río se embalsa; pero no empleaba nunca la dinamita porque

aunque vagamente Tellagorri amaba la naturaleza y no quería empobrecerla.

Le gustaba también á este viejo embromar á la gente: decía que nada gustaba tanto á las nutrias como un periódico con buenas noticias y aseguraba que si se dejaba un papel á la orilla del río estos animales salen á leerlo; contaba historias extraordinarias de la inteligencia de los salmones y de otros peces. Para Tellagorri los perros sino hablaban era porque no querían, pero él los consideraba con tanta inteligencia como una persona. Este entusiasmo por los canes, le había impulsado á pronunciar esta frase irrespetuosa:

—Yo le saludo con más respeto á un perro de aguas que al señor párroco.

La tal frase escandalizó el pueblo. Había gente que comenzaba á creer que Tellagorri y Voltaire eran los causantes de la impiedad moderna.

Cuando no tenían, el viejo y el chico, nada que hacer, iban de caza con Marquesch al monte. Arcale le prestaba á Tellagorri su escopeta. Tellagorri, sin motivo conocido, comenzaba á insultar á su perro. Para esto siempre tenía que emplear el castellano:

—¡Canalla! ¡Granuja!—le decía.—¡Viejo cochino! ¡Cobarde!

Marqués contestaba á los insultos con



un ladrido suave que parecía una quejumbrosa protesta, movía la cola como un péndulo y se ponía á andar en zigzag, olfateando por todas partes. De pronto veía que algunas hierbas se movían y se lanzaba á ellas como una flecha.

Martín se divertía muchísimo con estos espectáculos. Tellagorri lo tenía como acompañante para todo, menos para ir á la taberna; allí no le quería á Martín. Al anoecer, solía decirle, cuando él iba á perorar al parlamento de casa de Arcale:

—Anda, vete á mi huerta y coge unas peras de allí del rincón y llévatelas á casa. Mañana me darás la llave.

Y le entregaba un pedazo de hierro que pesaba media tonelada por lo menos.

Martín recorría el balcón de la muralla. Así sabía que en casa de Tal habían plantado alcachofas y en la de Cual judías. El ver las huertas y las casas ajenas desde lo alto de la muralla, y el contemplar los trabajos de los demás, iba dando á Martín cierta inclinación á la filosofía y al robo.

Como en el fondo el joven Zalacaín era agradecido y de buena pasta, sentía por su viejo Mentor un gran entusiasmo y un gran respeto. Tellagorri lo sabía, aunque daba á entender que lo ignora-

ba, pero en buena reciprocidad, todo lo que comprendía que le gustaba al muchacho ó servía para su educación, lo hacía si estaba en su mano.

¡Y qué rincones conocía Tellagorri! Como buen vagabundo era aficionado á la contemplación de la naturaleza. El viejo y el muchacho subían á las alturas de la Ciudadela y allí tendidos sobre la hierba y las aliagas, contemplaban el extenso paisaje. Sobre todo las tardes de primavera era una maravilla. El río Ibaya limpio, claro, cruzaba el valle por entre heredades verdes, por entre filas de álamos altísimos, ensanchándose y saltando sobre las piedras, estrechándose después, convirtiéndose en cascada de perlas al caer por la presa del molino. Cerraban el horizonte montes ceñudos y en los huertas se veían arboledas y bosquecillos de frutales.

El sol daba en los grandes olmos de follaje espeso de la Ciudadela y los enrojecía y los coloreaba con un tono de cobre.

Bajando desde lo alto, por senderos de cabras, se llegaba á un camino que corría junto á las aguas claras del Ibaya. Cerca del pueblo, algunos pescadores de caña, se pasaban la tarde sentados en la orilla y las lavanderas, con las piernas desnudas metidas en el río, sacudían las ropas y cantaban.

Tellagorri conocía de lejos á los pescadores.—Allí están Tal y Tal, decía. Seguramente no han pescado nada. No se reunía con ellos; él sabía un rincón perfumado por las flores de las acacias y de los espinos que caía sobre un sitio en donde el río estaba en sombra y á donde aflúan los peces.

Tellagorri le curtía á Martín, le hacía andar, correr, subirse á los árboles, meterse en los agujeros como un hurón, le educaba á su manera, por el sistema pedagógico de los Tellagorris que se parecía bastante al salvajismo.

Mientras los demás chicos estudiaban la doctrina y el Catón, él contemplaba los espectáculos de la naturaleza, entraba en la cueva de Erroitza en donde hay salones inmensos llenos de grandes murciélagos que se cuelgan de las paredes por las uñas de sus alas membranosas, se bañaba en Ocín beltz, á pesar de que todo el pueblo consideraba este remanso peligrosísimo, cazaba y daba grandes viajatas.

Tellagorri hacía que su nieto entrara en el río cuando llevaban á bañar los caballos de la diligencia, montado en uno de ellos.

—¡Más adentro! ¡Más cerca de la presa, Martín!—le decía.

Y Martín, riendo, llevaba los caballos hasta la misma presa.

Algunas noches, Tellagorri, le llevó á Zalacaín al cementerio.

—Espérame aquí un momento—le dijo.

—Bueno.

Al cabo de media hora, al volver por allí, le preguntó:

—¿Has tenido miedo, Martín?

—¿Miedo de qué?

—¡*Arrayua!* Así hay que ser—decía Tellagorri.—Hay que estar firmes, siempre firmes.





### CAPÍTULO III

#### LA REUNIÓN DE LA POSADA DE ARCALE

**L**A posada de Arcale estaba en la calle del castillo y hacía esquina al callejón Oquerria. Del callejón se salía al portal de la Antigua; hendidura estrecha y lóbrega de la muralla que bajaba por una rampa en zig-zag al camino real. La casa de Arcale era un caserón de piedra hasta el primer piso, y lo demás de ladrillo, que dejaba ver sus vigas cruzadas y ennegrecidas por la humedad. Era al mismo tiempo posada y taberna con honores de club, pues allí por la noche se reunían varios vecinos de la *calle* y algunos campesinos á hablar y á discutir y los domingos á emborracharse. El

zaguán negro tenía un mostrador y un armario repleto de vinos y licores; á un lado estaba la taberna con mesas de pino largas que podían levantarse y sujetarse á la pared, y en el fondo la cocina. Arcale era un hombre grueso y activo, ex-cosechero, ex-tratante de caballos y contrabandista. Tenía cuentas complicadas con todo el mundo, administraba las diligencias, chalaneaba, gitaneaba, y los días de fiesta añadía á sus oficios el de cocinero. Siempre estaba yendo y viniendo, hablando, gritando, riñendo á su mujer y á su hermana, á los criados y á los pobres; no paraba nunca de hacer algo.

La tertulia de la noche en la taberna de Arcale la sostenían Tellagorri y Pichía. Pichía, digno compinche de Tellagorri, le servía de contraste. Tellagorri era flaco, Pichía gordo; Tellagorri vestía de oscuro, Pichía, quizás para poner más en evidencia su volumen, de claro; Tellagorri pasaba por pobre, Pichía era rico; Tellagorri era liberal, Pichía carlista; Tellagorri no pisaba la iglesia, Pichía estaba siempre en ella, pero a pesar de tantas divergencias Tellagorri y Pichía se sentían almas gemelas que fraternizaban ante un vaso de buen vino.

Tenían estos dos oradores de la taberna de Arcale hablando en castellano

un carácter común y era que invariablemente trabucaban las eses y las pes. No había medio de que las pronunciasen á derechas.

—¿Qué te *farece* á tí el médico nuevo?

—le preguntaba Pichía á Tellagorri.

—Psé!—contestaba el otro.—La *frdti-ca* es lo que le *palta*.

—Pues es hombre listo, hombre de alguna *portuna*, tiene su *fiano* en casa.

No había manera de que uno ú otro pronunciaran esas letras bien.

Tellagorri se sentía poco aficionado á las cosas de iglesia, tenía poca *apición*, como hubiera dicho él, y cuando bebía dos copas de más la primera gente de quien empezaba á hablar mal era de los curas. Pichía parecía natural que se indignara y no sólo no se indignaba como cerero y religioso, sino que azuzaba á su amigo para que dijera cosas más fuertes contra el vicario, los coadjutores, el sacristán ó la cerora.

Sin embargo Tellagorri respetaba al vicario de Arbea, á quien los clericales acusaban de liberal y de loco. El tal vicario tenía la costumbre de coger su sueldo, cambiarlo en plata y dejarlo encima de la mesa formando un montón, no muy grande, porque el sueldo no era mucho, de duros y de pesetas. Luego, á todo el que iba á pedirle algo, después de reñirle rudamente y de re-

procharle sus vicios y de insultarle á veces, le daba lo que le parecía, hasta que á mediados del mes se le acababa el montón de pesetas y entonces daba mafz ó habichuelas siempre refunfuñando é insultando.

Tellagorri decía:—Esos son curas, no como los de aquí, que no quieren más que vivir bien y buenas *profinas*.

Toda la torpeza de Tellagorri hablando castellano se trocaba en facilidad, en rapidez y en gracia cuando peroraba en vascuence. Sin embargo él prefería hablar en castellano porque le parecía más elegante.

Cualquier cosa llegaba á ser graciosa en boca de aquel viejo truhán; cuando pasaba por delante de la taberna alguna chica bonita, Tellagorri lanzaba un ronquido tan socarrón que todo el mundo reía.

Otro, haciendo lo mismo, hubiese parecido ordinario y grosero, él no; Tellagorri tenía una elegancia y una delicadeza innata que le alejaban de la grosería.

Era también hombre de refranes y cuando estaba borracho cantaba muy mal, sin afinación alguna, pero dando á las palabras mucha malicia.

Las dos canciones favoritas suyas eran dos híbridas de vascuence y castellano; traducidas literalmente no que-

rían decir gran cosa, pero en sus labios significaban todo. Una, probablemente de su invención, era así:

Ba dala sargentua  
Ba dala quefia  
Erreguñen bizcarretic  
Artzen ditu cafia.

(Ya sea sargento, ya sea jefe, á costa de la reina toma su café).

Esto en boca de Tellagorri quería decir que todo el mundo era un pillo.

La otra canción la tenía el viejo para los momentos solemnes, y era así:

Manuelacho, escasayozu  
Barcasiyua Andresí.

(Manolita, pídele perdón á Andrés).

Y hacía, al decir esto Tellagorri, una reverencia cómica y continuaba con voz gangosa:

Beti orrela ibilli gabe  
majo sharraren iguesí.

(Sin andar siempre, de esa manera, huyendo de un viejecito tan majo).

Y después, como una consecuencia grave de lo que había dicho antes, añadía:

Napoleonon pauso gaiztoac  
ondó dituzu icasi.

(Los malos pasos de Napoleón bien los has aprendido).

No era fácil comprender que malos pasos de Napoleón habría aprendido Manolita. Probablemente Manolita no tendría ni la más remota idea de la existencia del héroe de Austerlitz, pero esto no era obstáculo para que la canción en boca de Tellagorri tuviese muchísima gracia.

Para los momentos en que Tellagorri estaba un tanto excitado ó borracho, tenía otra canción bilingüe en que se celebraba el abrazo de Vergara y que concluía así:

¡Viva Espartero! ¡Viva erreguiña!  
 ¡Ojalá de repente ilcobalitzaque  
 Bere ama ciquiña!

(Viva Espartero! ¡Viva la reinal ojalá de repente se muriese su sucia madre).

Este adjetivo, dirigido á la madre de Isabel II, indicaba cómo había llegado el odio por María Cristina hasta los más alejados rincones de España.



## CAPÍTULO IV

QUE SE REFIERE Á LA NOBLE CASA  
 DE OHANDO



la entrada del pueblo nuevo, en la carretera, y por lo tanto, fuera de las murallas, estaba la casa más antigua y linajuda de Urbia; la casa de Ohando.

Los Ohandos constituyeron durante mucho tiempo la única aristocracia de la villa; fueron en tiempo remoto grandes hacendados y fundadores de capellanías, luego algunos reveses de fortuna y la guerra civil amenguaron sus rentas y la llegada de otras familias ricas les quitó la preponderancia absoluta que habían tenido.

La casa de Ohando estaba en la carretera, lo bastante retirada de ella

para dejar sitio á un hermoso jardín, en el cual, como haciendo guardia, se levantaban seis magníficos tilos. Entre los grandes troncos de estos árboles crecían viejos rosales que formaban guirnaldas en la primavera cuajadas de flores.

Otro rosal trepador, de retorcidas ramas y rosas de color de té, subía por la fachada extendiéndose como una parra y daba al viejo caserón un tono delicado y aéreo. Tenía además este jardín en el lado que se unía con la huerta un bosquecillo de lilas y saúcos. En los meses de abril y mayo estos arbustos florecían y mezclaban sus tirsos perfumados, sus corolas blancas y sus racimillos azules.

En la casa solar, sobre el gran balcón del centro, campeaba el escudo de los fundadores tallado en arenisca roja; se veían esculpidos en él dos lobos rampantes con unas manos cortadas en la boca y un roble en el fondo. En el lenguaje heráldico el lobo indica encarnizamiento con los enemigos; el roble, venerable antigüedad.

A juzgar por el blasón de los Ohandos éstos eran de una familia antigua, feroz con los enemigos. Si había que dar crédito á algunas viejas historias el escudo decía únicamente la verdad.

La parte de atrás de la casa de los

hidalgos daba á una hondonada; tenía una gran galería de cristales y estaba hecha de ladrillo, con entramado negro; enfrente se erguía un monte de dos mil pies, según el mapa de la provincia, con algunos caseríos en la parte baja y en la alta desnudo de vegetación y sólo cubierto á trechos por encinas y carrascas.

Por un lado el jardín se continuaba con una magnífica huerta en declive orientada al mediodía.

La familia de los Ohandos se componía de la madre doña Agueda y de sus dos hijos Carlos y Catalina.

Doña Agueda, mujer débil, fanática y enfermiza, de muy poco carácter, estaba dominada constantemente en las cuestiones de la casa por alguna criada antigua y en las cuestiones espirituales por el confesor.

En esta época, el confesor era un curita joven llamado don Félix, hombre de apariencia tranquila y dulce que ocultaba vagas ambiciones de dominio bajo una capa de mansedumbre evangélica.

Carlos de Ohando, el hijo mayor de doña Agueda, era un muchacho cerril, oscuro, tímido y de pasiones violentas. El odio y la envidia se convertían en él en verdaderas enfermedades.

A Martín Zalacaín le había odiado desde pequeño y cuando Martín le ca-

33146

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1968 MONTERREY, MEXICO

lentó las costillas al salir de la escuela el odio de Carlos se convirtió en furor. Cuando le veía á Martín andar á caballo y entrar en el río le deseaba un desliz peligroso.

Le odiaba frenéticamente.

Catalina, en vez de ser obscura y cerril como su hermano Carlos, era pizpireta, sonriente, alegre y muy bonita. Cuando iba á la escuela con su carita sonrosada, un traje gris y una boina roja en la cabeza rubia, todas las mujeres del pueblo la acariciaban, las demás chicas querían siempre andar con ella y decían que á pesar de su posición privilegiada no era nada orgullosa.

Una de sus amigas era la Ignacita, la hermana de Martín.

Catalina y Martín se encontraban muchas veces y se hablaban; él la veía desde lo alto de la muralla en el mirador de la casa, sentadita, muy formal, jugando ó aprendiendo á hacer media. Ella siempre estaba oyendo hablar de las calaveradas de Martín.

—Ya está ese diablo ahí en la muralla —decía doña Agueda.—Se va á matar el mejor día. ¡Qué demonio de chico! ¡Qué malo es!

Catalina ya sabía que diciendo ese demonio, ó ese diablo, se referían á Martín.

Carlos alguna vez le había dicho á su hermana:

—No hables con ese ladrón.

Pero á Catalina no le parecía ningún crimen que Martín cogiera frutas de los árboles y se las comiese, ni que corriese por la muralla. A ella se le antojaban extravagancias, porque desde niña tenía un instinto de orden y tranquilidad y le parecía mal que Martín fuese tan loco.

Los Ohandos eran dueños de un jardín próximo al río, con grandes magnolias y tilos y cercado por un seto de zarzas.

Cuando Catalina solía ir allí con la criada á coger flores, Martín las seguía muchas veces y se quedaba á la entrada del seto.

—Entra si quieres —le decía Catalina.

—Bueno—y Martín entraba y hablaba de sus correrías, de las barbaridades que iba á hacer y exponía las opiniones de Tellagorri que le parecían artículos de fé.

—¡Más te valía ir á la escuela! —le decía Catalina.

—¡Yo! ¡A la escuela! —exclamaba Martín.—Yo me iré á América ó me iré á la guerra.

Catalina y la criada entraban por un sendero del jardín lleno de rosales y hacían ramos de flores. Martín las veía y contemplaba la presa cuyas aguas brillaban al sol como perlas y se deshacían en espumas blanquísimas.

—Ya andaría por ahí si tuviera una lancha —decía Martín.



Catalina protestaba.

—¿No se te van á ocurrir más que tonterías siempre? ¿Por qué no eres como los demás chicos?

—Yo les pego á todos—contestaba Martín, como si esto fuera una razón.

... En la primavera el camino próximo al río era una delicia. Las hojas nuevas de las hayas comenzaban á verdear, el helecho lanzaba al aire sus enroscados tallos, los manzanos y los perales de las huertas ostentaban sus copas nevadas por la flor y se oían los cantos de las málvices y de los ruiseñores en las enramadas. El cielo se mostraba azul, de un azul suave, un poco pálido y sólo alguna nube blanca, de contornos duros como si fuera de mármol aparecía en el cielo.

Los sábados por la tarde, durante la primavera y el verano, Catalina y otras chicas del pueblo en compañía de alguna buena mujer iban al campo santo. Llevaba cada una un cestito de flores, hacían una escobilla con los hierbajos secos, limpiaban el suelo ó las lápidas en donde estaban enterrados los muertos de su familia y adornaban las cruces con rosas y con azucenas. Al volver hacia casa todas juntas veían cómo en el cielo comenzaban á brillar las estrellas y escuchaban á los sapos que lanzaban su misteriosa nota de flauta en el silencio del crepúsculo...

Muchas veces en el mes de mayo, cuando pasaban Tellagorri y Martín por la orilla del río, al cruzar por detrás de la iglesia llegaba hasta ellos las voces de las niñas que cantaban en el coro las flores de María.

Emenche gauzcatzu ama

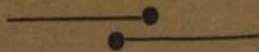
(Aquí nos tienes madre).

Escuchaban un momento y Martín distinguía la voz de Catalina, la chica de Ohando.

—Es *Cataliñ*, la de Ohando—decía Martín.

—Si no eres tonto tú te casarás con ella—replicaba Tellagorri.

Y Martín se echaba á reír.





## CAPÍTULO V

DE CÓMO MURIÓ MARTÍN LÓPEZ DE ZALACAÍN, EN EL AÑO DE GRACIA DE MIL CUATROCIENTOS Y DOCE.

**U**no de los vecinos que con más frecuencia paseaba por la acera de la muralla era un señor viejo llamado don Fermín Soraberri. Durante muchísimos años don Fermín desempeñó el cargo de secretario del Ayuntamiento de Urbia hasta que se retiró cuando su hija se casó con un labrador de buena posición.

El señor don Fermín Soraberri era un hombre alto, grueso, pesado, con los párpados edematosos y la cara hinchada. Solía llevar una gorrita con dos cintas colgantes por detrás, una esclavina azul y zapatillas. La especialidad

de don Fermín era el ser distraído. Se olvidaba de todo. Sus relaciones estaban cortadas por este patrón:

—Una vez en Oñate... (para el señor Soraberri, Oñate era la Atenas moderna.—En España hay veinte ó treinta Atenas modernas.) Una vez en Oñate pude presenciar una cosa sumamente notable y sumamente interesante. Estábamos reunidos el señor vicario, un señor profesor de primera enseñanza y... —y el señor Soraberri miraba á todas partes como espantado, con sus grandes ojos turbios, y decía:—¿En qué iba?... pues... se me ha olvidado la especie.

Al señor Soraberri siempre se le olvidaba la especie. Casi todos los días el ex-secretario se encontraba con Tellagorri y cambiaban un saludo y algunas palabras acerca del tiempo y de la marcha de los árboles frutales. Al comenzar á verle acompañado de Martín, el señor Soraberri se extrañó y miraba al muchacho con su aire de elefante hinchado y reblandecido.

Pensó en dirigirle alguna pregunta pero tardó varios días porque el señor Soraberri era tardo en todo. Al último le dijo con su majestuosa lentitud:

—¿De quién es este niño, amigo Tellagorri?

—¿Este chico? Es un pariente mío.

—¿Algún Tellagorri?

—No; se llama Martín Zalacaín.

—¡Hombre! ¡Hombre! Martín López de Zalacaín.

—No, López no—dijo Tellagorri.

—Yo sé lo que me digo. Este niño se llama realmente Martín López de Zalacaín y será de ese caserío que está ahí cerca del portal de Francia.

—Sí, señor; de ahí es.

—Pues conozco su historia, y López de Zalacaín ha sido y López de Zalacaín será, y si quiere Vd. mañana vaya Vd. á mi casa y le leeré á Vd. un papel que copié del archivo del Ayuntamiento acerca de esa cuestión.

Tellagorri dijo que iría y efectivamente al día siguiente, pensando que quizás lo dicho por el ex-secretario tuviese alguna importancia se presentó con Martín en su casa.

Al señor Soraberri se le había olvidado la especie, pero recordó pronto de qué se trataba, encargó á su hija que trajese un vaso de vino para Tellagorri, entró él en su despacho y volvió poco después con unos papeles viejos en la mano; se puso los anteojos, carraspeó, revolvió sus notas y dijo:

—¡Ah! Aquí están. Esto—añadió—es una copia de una narración que hace el cronista Iñigo Sánchez de Ezpeleta acerca de cómo fué vertida la primera sangre en la guerra de los linajes en

Urbia, entre el solar de Ohando y el de Zalacaín y supone que estas luchas comenzaron en nuestra villa á fines del siglo xiv ó á principios del xv.

—Y hace mucho tiempo de eso?— preguntó Tellagorri.

—Cerca de quinientos años.

—¿Y ya existían Zalacaín entonces?

—No sólo existían, sino que eran nobles.

—Oye, oye—dijo Tellagorri dando un codazo á Martín que se distraía.

—¿Quieren ustedes que lea lo que dice el cronista?

—Sí, sí.

—Bueno. Pues dice así: «Título: De cómo murió Martín López de Zalacaín en el año de gracia de mil cuatrocientos y doce.»—Leído esto Soraberrí tosió, escupió y comenzó esta relación con gran solemnidad:

«Enemistad antigua señalada avya entre el solar d'Ohando que es del reino de Navarra, é el de Zalacaín que es en tierra de la Borte. E dicese que la causa della fue sobre envidia é á cual valia mas, é hicieron muchos malheficios é los de Zalacaín quemaron vivo al senyor de Sant Pedro en una pelea que ovieron en el llano del Somo é porque no dexo fijo el dicho senyor de Sant Pedro casaron una su fija con Martín López de Zalacaín, home muy andariego.

E dicho Martín López seyendo venido á la billa d'Urbia fue desafiado por Mosen de Sant Pedro del solar d'Ohando que era sobrino del otro senyor de Sant Pedro é que había fecho muchos malheficios, acechanzas é rrobos.

E Martín López contestole á su desafío: Como vos sabedes yo so contado aquí por el más esforzado ome y ardite en el fecho de las armas en toda esta tierra y parece que los d'Ohando á vos han traído por la mejor lanza de Navarra por vengar la muerte de mi suegro que fue en la pelea peleada con lealtad en el Somo é como el cuibdaba matar á mí yo á él.

E por ende si á vos pluguiese que nos probemos vos é yo, uno para otro, fasta que uno de nos ó ambos por ventura muramos, á mi plaserá mucho é aquí presto.

E respondiolo Mosen de Sant Pedro que le plasía é se citaron en el prado de Sant Ana. En esta sazón venya dicho Martín López encima de su cavallo como esforzado cavallero é antes de pelear con Mosen de Sant Pedro fue ferido de una saeta que le entró por un ojo é cayó muerto del cavallo en medio del prado. E lo desjarretaron. E preparó la asechanza é armó la ballesta é la disparó. Velche de Micolalde deudo é amigo de Mosen de Sant Pedro d'Ohan-

do. E los omes de Martín López como lo veyeron mueritto é eran pocos enfrente de los de Ohando ovieron muy grant miedo é comenzaron todos á fugir.

E quando lo supo la mujer de Martín López, foé la triste al prado de Sant Ana, é quando vido el cuerpo de su marido sangriento y mutilado se afinó, prísole en sus brazos é comenzó á llorar maldiciendo la guerra é su mala fortuna. E esto pasaba en el año de Nuestro Senyor de mil quatrocientos y doce.»

Quando concluyó el señor Soraberri, miró á través de sus anteojos á sus dos oyentes. Martín no se había enterado de nada; Tellagorri dijo:

—Sí, esos Ohandos es gente *palsa*. Mucho ir á la iglesia, pero luego matan á traición.

Soraberri recomendó eficazmente á su amigo Tellagorri que no hiciera nunca juicios aventurados y temerarios y con este motivo comenzó á contar una historia, precisamente ocurrida en Oñate, pero al ir á especificar los que habían intervenido en su historia, se le olvidó la especie y lo sintió, verdaderamente lo sintió, porque, según dijo, tenía la seguridad de que el hecho era sumamente notable y sumamente interesante y además muy digno de mención.



## CAPÍTULO VI

DE CÓMO LLEGARON UNOS TITIRITEROS  
Y DE LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS

**U**N día de mayo, al anoche-  
cer, se presentaron en el  
camino real tres carros ti-  
rados por caballos flacos,  
llenos de mataduras y de  
esparavanes. Cruzaron la parte nueva  
del pueblo y se detuvieron en lo alto del  
prado de Santa Ana.

No podía Tellagorri, gaceta de la ta-  
berna de Arcale, quedar sin saber en-  
seguida de que se trataba, así que se  
presentó al momento en el lugar segui-  
do de Marqués.

Trabó inmediatamente conversación  
con el jefe de la caravana, y después de  
varias preguntas y respuestas y de de-  
cir el hombre que era francés y doma-  
dor de fieras, Tellagorri se lo llevó á la  
taberna de Arcale.